

Guía de Materia N° 15

Eje Temático: Raíces Históricas de Chile

3. La Sociedad Finisecular: auge y crisis del liberalismo.
 - b. La "cuestión social". Condiciones de vida de hombres y mujeres en las salitreras, los puertos, las ciudades y los campos. Las nuevas organizaciones de trabajadores. Preocupación entre intelectuales, universitarios, eclesiásticos y políticos por las condiciones de vida de los sectores populares. Soluciones propuestas.
 - d. Las transformaciones culturales: avances en educación, vida urbana. Nuevas creaciones intelectuales.

La Cuestión Social

Durante todo el siglo XIX, la preocupación de los gobiernos y de la clase dirigente por los distintos problemas que afectaban a los sectores más pobres del país fue casi inexistente; por lo mismo, hacia fines de ese siglo estos sectores vivían en una clara situación de inferioridad en sus relaciones laborales y en su vida cotidiana: explotación, miseria material y espiritual. Es lo que se ha dado en llamar "Cuestión social".

Con la Guerra del Pacífico Chile había incorporado a su territorio la enorme riqueza salitrera que requería de una cierta infraestructura industrial, de un nivel técnico complejo y de una abundante mano de obra. Algo análogo sucedía en las minas de carbón de la zona de Concepción. Además, la riqueza fiscal había permitido la construcción de obras públicas, principalmente ferrocarriles, que empleaban abundante mano de obra, y el incremento de la actividad en las zonas portuarias del Norte Grande y Valparaíso. Las cifras indican la existencia, hacia 1918, de unos 80 mil obreros fabriles, 56 mil salitreros, unos 33 mil ferroviarios y otros tantos en el carbón, los puertos y talleres de la incipiente industria nacional.

El Norte Grande registró el mayor crecimiento demográfico del período. De acuerdo a la comparación de los censos de 1895 y 1907, si la tasa de crecimiento de la población total del país fue de un 20%, Santiago creció un 30% y el Norte Grande, un 65 %. El crecimiento demográfico del Norte se hizo a costa de la población campesina. Uno de los fenómenos más significativos del período fue la emigración rural, consecuencia del

auge del salitre y del proceso de industrialización, y antecedente directo de la formación de la clase proletaria. Fue corriente en el período que las oficinas salitreras enviaran agentes al campo para reclutar mano de obra: a éstos se les pagaba por persona conseguida. Este reclutamiento, llamado "enganche", se realizaba sobre la base de promesas y la creación de expectativas salariales, las que no se confirmaban en la realidad. Aunque a partir de 1880 fueron muchos los campesinos que abandonaron la tierra por la ciudad y la mina, la población rural siguió siendo mayoritaria en el periodo que tratamos. Hacia 1907, constituía todavía el 57% de la población total.

El obrero urbano del período 1891-1920 había nacido, por lo general, en el campo y emigrado en su juventud a las ciudades. El campesino que arribaba a Santiago, y, en menor medida a Valparaíso y Concepción, llegaba a una ciudad que no tenía las condiciones para recibirlo. Santiago tenía un enorme déficit de viviendas y sus habitantes habían de concentrarse, o más bien hacinarse, en los conventillos, hileras de pequeñas piezas sin ventanas y sin luz, a lo largo de una callejuela donde las mujeres lavaban y cocinaban, por lo común sin luz ni alcantarillado. En 1910 se contaban en la capital 1.600 conventillos, en los cuales habitaban 75.000 personas. En tanto, el déficit habitacional hacía subir los precios de los arriendos, de modo que ser dueño de un conventillo se transformó en un gran negocio.

Aquella promiscuidad era caldo de cultivo para todas las enfermedades infecciosas; el cólera, la viruela, el tifus, cobraron muchas vidas. La tasa de mortalidad infantil era asombrosamente alta. Se señala para el Chile de la época un 30% de mortalidad infantil. También se indica un 35% de nacimientos ilegítimos. Los niveles de educación eran muy bajos. Los índices de analfabetismo alcanzaban a más de un 60% hacia 1891, a un 49,7%, en 1907, y alrededor de un 36% hacia 1920.

El obrero del salitre iba al Norte a ganar dinero y no a establecerse. El obrero con su familia, cuando la llevaba, vivía en campamentos de pequeñas casas con dos o tres piezas de material ligero o bloques de tierra salina, que no salvaguardaban de las inclemencias del clima de la pampa, caluroso de día y muy frío de noche. Las condiciones de higiene y, por tanto, de salud, eran muy precarias. Se trabajaba entre doce y catorce horas diarias, sin descanso el día domingo, basta que aquél se hizo obligatorio sólo en 1907. Por otra parte, existía un sistema de pago en fichas, lo que constituyó uno de los principales motivos de queja en todas las protestas. Estas fichas sólo eran canjeables en la pulpería de la oficina que las emitía, y la pulpería era, a su vez, el único establecimiento comercial de la oficina. Paradójicamente, en un sistema de economía liberal no había libertad de comercio para el obrero. El valor nominal de las fichas no era respetado y no tenían garantía fiscal. Es decir, el obrero dependía completamente de la discrecionalidad del patrón.

En los puertos de la costa nortina, las condiciones de vida eran algo mejores, al menos el clima y la vida urbana permitían olvidar, en parte, la soledad sórdida de la pampa. Por otra parte, los obreros industriales, mineros y portuarios no contaban con ningún resguardo jurídico laboral. Las relaciones entre obreros y patronos eran reguladas libremente por mutuo acuerdo, lo que se prestaba para muchos abusos. Basta señalar que no existía contrato de trabajo.

Los campesinos

La propiedad agraria estaba dominada por el latifundio que empleaba al sector laboral más numeroso del país: inquilinos y peones; aun cuando había también medianos y pequeños propietarios, entre estos últimos, muchos minifundistas. El inquilinaje era una relación laboral instituida en la Colonia; por medio de ella el trabajador tenía

derecho a casa, a una pequeña chacra, talaje y a algunos alimentos que producía el propio fundo. El salario en dinero prácticamente no existía o era ínfimo. La relación entre el terrateniente y el inquilino era un vínculo más personal que contractual. Los peones, en cambio, constituían una masa laboral nómada, que recorría los campos empleándose en los períodos de mayor demanda de trabajo a cambio de un sueldo. Eran trabajadores a trato.

Estas formas de vida campesina no habían sufrido mayores transformaciones: se caracterizaban por un nivel de vida muy precario, sin comodidades materiales y sin acceso a la modernidad ni a la nueva cultura urbana, realidad que se agudizó hacia el período 1891- 1920 por la decadencia del mundo rural chileno como consecuencia, en parte, de las prolongadas ausencias de los dueños de la tierra radicados en Santiago, capitales de provincias o, a veces, en largos viajes o estadías en Europa. Los fuertes lazos de parentesco, el profundo arraigo de sus creencias religiosas y sus tradiciones míticas ayudaban a hacer del sector campesino el más alejado de las condiciones sociales y culturales propias del mundo moderno.

Las organizaciones obreras

Los graves problemas que afectaban a los obreros los impulsaron a crear las **mutuales** o **sociedades de socorros mutuos**. Estas primeras organizaciones obreras nacieron al margen de las relaciones obrero-patrón y obrero-Estado y del quehacer político. Su objetivo fue mejorar las condiciones de vida que enfrentaban los trabajadores y sus familias. Por lo mismo, se preocuparon de brindarles a sus afiliados distintos servicios educacionales, de salud y económicos; entre otros, formación de escuelas nocturnas y bibliotecas, acceso a médicos y medicamentos, y préstamos para la adquisición o mejora de viviendas. Además, combatían el alcoholismo y ayudaban a las familias en caso de fallecimiento de alguno de sus miembros. Para financiar las acciones de solidaridad se le cobraba una pequeña cuota a cada afiliado.

A comienzos del siglo XX nacieron entre los obreros salitreros y portuarios de la zona norte las **mancomunales**, verdaderos centros sociales y culturales que asumieron los objetivos de las mutuales, pero, además se arrogaron la defensa de los trabajadores frente a los patrones en temas como mejoras salariales y las condiciones laborales generales. Al mismo tiempo se creaban las **sociedades de resistencia**, de inspiración anarquista, que se declaraban enemigas del Estado, la iglesia católica, los patrones y el capital; promovían actos de rebeldía en contra del orden establecido.

Todas estas organizaciones contribuyeron a crear una fuerte conciencia social entre los obreros y los impulsaron a buscar formas de organizarse en la defensa de sus derechos; fueron la base de los primeros **sindicatos**.

En 1912 nació el **Partido Obrero Socialista** (POS), liderado por Luís Emilio Recabarren, obrero tipógrafo que junto a otros militantes se separó del Partido Demócrata. El POS, de clara definición socialista, se afianzó con fuerza en los obreros de las oficinas salitreras y de las empresas del carbón.

Este proceso de organización y toma de conciencia de los sectores obreros se reflejó en su actuar: una ola de protestas recorrió el país durante los primeros decenios del siglo XX. La huelga de los obreros salitreros de Iquique, en 1907, que culminó con la matanza de la Escuela Santa María, fue el conflicto emblemático de la época.

En 1909, los ferroviarios se organizaron para pedir al gobierno la devolución de un descuento injusto a sus salarios; de este movimiento, que logró una victoria casi impensable en la época, nació la **Federación Obrera de Chile** (FOCH). En sus

orígenes, fue una mutual, pero luego ingresaron a ella obreros afiliados a las mancomunales, quienes traían una conciencia social clara y, con ella, el deseo de defender sus derechos. En 1917, cuando la FOCH realizó su segunda convención, los obreros socialistas eran mayoría y dos años más tarde, durante la tercera convención, fue elegido como su dirigente máximo el fundador del POS, Luis Emilio Recabarren.

Las respuestas a la Cuestión Social

La insensibilidad ante la cuestión social fue una opción política adoptada por algunos sectores conservadores de la oligarquía, sobre todo hasta el cambio de siglo. Pero, con el correr de los años, fue quedando en minoría. De hecho, los parlamentarios e intelectuales de clase media, vinculados a los partidos Radical y Democrático, sacaron la voz para intentar legislar en torno a los temas sociales.

A partir de 1906, un influyente grupo de radicales, liderados por Valentín Letelier, colocó los problemas sociales en el centro de sus preocupaciones, interpelando al Estado a jugar un rol más activo en la resolución de estos conflictos. Sin embargo, fueron pocas las iniciativas legislativas que realmente prosperaron.

En esta misma época la iglesia experimentaba una importante pérdida de influencia en Chile y en todo el mundo occidental. Para remediarlo, el Papa León XIII promulgó la encíclica *Rerum Novarum* (1891), que marcó el inicio de lo que se conoce hasta el día de hoy como la **Doctrina Social de la Iglesia**. Los principios que promovía la encíclica eran la justicia social y una convivencia armónica entre las clases sociales, rechazando el enfrentamiento entre obreros y patrones. La actitud de las personas ricas debía ser desprendida y caritativa, dignificando el trabajo de los obreros y proletarios con un salario justo y con condiciones de trabajo apropiadas a la dignidad humana; la actitud de los obreros debía ser laboriosa, respetuosa con su patrón y pacífica a la hora de demandar lo que es justo, y la actitud del Estado y sus autoridades debiera propender a conseguir el bien común y la equidad, dictando leyes que protejan a los trabajadores frente a los abusos patronales. Finalmente el llamado era a que los católicos se involucren más en la búsqueda de soluciones a los males sociales, para así restar adeptos a la causa socialista y evitar la intensificación del antagonismo.

Consolidación de los sectores medios

Durante el siglo XIX no se dieron en Chile las condiciones para que pudiera formarse una verdadera clase media. En una sociedad rural era difícil que ello ocurriera. Los estratos medios estaban constituidos entonces por los descendientes empobrecidos o venidos a menos de los antiguos conquistadores, o bien, por comerciantes, funcionarios y artesanos que se radicaron en las ciudades. Eran simplemente un estrato intermedio entre los notables y el bajo pueblo urbano y rural. Con el correr del siglo XIX, este grupo se fue fortaleciendo como consecuencia de la llegada de inmigrantes y colonos extranjeros que se radicaron en nuestro país, con el desarrollo económico y, en especial, con el crecimiento del aparato estatal.

A principios de siglo los sectores medios constituían un cuerpo social compuesto por varios grupos diferentes: profesionales, profesores, burócratas, militares, pequeños comerciantes y empresarios, técnicos, artistas, y otros. En gran medida ellos eran el fruto del liceo y del desarrollo del aparato burocrático del Estado. Hasta la segunda década del siglo XX, pese a su crecimiento, los sectores medios no tuvieron una fisonomía definitiva. En su origen, la clase media chilena, lejos de aceptar una

identidad propia, adoptó una actitud imitativa del sector alto. Se encontraba en una posición de tránsito entre el sector popular y la oligarquía, estrato al que aspiraba incorporarse aunque sus integrantes fueran menospreciados y tildados de "siúuticos" por aquélla. Fue el caso, por ejemplo, de Arturo Alessandri y de Eliodoro Yáñez. El rechazo de que era víctima la clase media fue provocando en ella un resentimiento que hasta 1920 no tuvo ninguna expresión social y política efectiva. Se manifestaba entre sus intelectuales y aparecía también, veladamente, en la literatura militar de la época.

Se comprende que esta clase media, huyendo siempre de sí misma, no pudiera mostrar una posición política consistente ni estuviera en condiciones de atacar el sistema creado y monopolizado por el sector social alto. Por otra parte, se trataba de un grupo pobre. Los miembros que lograban enriquecerse, generalmente intentaban y lograban llegar a formar parte de la oligarquía.

La pobreza de los sectores medios aparece retratada en la prensa, en los ensayos y novelas de la época. Genuinos representantes suyos, como Alejandro Venegas, señalan la estrechez económica como característica de la vida en su medio, especialmente en provincias.

Sin embargo, a partir de la primera década del siglo XX se inició un cambio trascendental en los sectores medios. Comenzaron a tomar conciencia de clase. Su agudo resentimiento fue cambiando de signo hacia la segunda década del siglo; de ser un sentimiento sordo, solapado, en definitiva impotente, se transformó en rebeldía y en un ataque franco al sistema. Resulta natural que desde que abandonaron la actitud puramente imitativa y adquirieron una conciencia propia y una auto estimación como grupo, los hombres del sector medio cambiarán su crítica solapada por una acción destinada a transformar radicalmente la estructura social.

Las nuevas generaciones de la clase media, entusiasmadas con el espíritu liberal y la democratización progresiva del país, empezaron a caminar hacia la conquista del poder. Personajes y grupos no ocultaron su condición mesocrática y frecuentemente solidarizaron con el proletariado, al que pasaron a considerar su aliado en el empeño de combatir el sistema. El Partido Radical, que reunía a hombres destacados de extracción media, introdujo nuevos conceptos y valores en la pugna política al poner énfasis en el anhelo de igualdad. Pero no sólo a través de los radicales se expresó políticamente la nueva actitud de los grupos medios. En 1915 también la representaban sectores del Partido Liberal, del Partido Nacional y de la masonería.

Asimismo, la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) y los círculos artísticos y literarios que se formaron en las primeras décadas del siglo XX, constituyeron otras tantas formas de expresión de los grupos medios. De ellos salió una cantidad de ensayistas y literatos que denunciaron con fuerza las desigualdades políticas y sociales de la época. Entre ellos estuvieron Baldomero Lillo, Carlos Pezoa Véliz, Mariano Latorre y, poco después, Manuel Rojas, José Santos González Vera, Pablo Neruda.

Las mujeres de clase media, por su parte, también aportaron al despertar cultural de su medio social. Fueron de ese sector las primeras que incursionaron en la vida profesional. En 1907 había en Chile 3 abogadas, 7 médicas, 10 dentistas, 10 farmacéuticas y 3.980 profesoras. También fueron mujeres de clase media las que promovieron las iniciativas feministas de la segunda década del siglo aunque en éstas también destacaron mujeres del sector social alto.

Ningún grupo social experimentó más intensamente que la clase media el sentimiento de crisis que invadía la vida nacional. Intelectuales como Alejandro Venegas, Alberto Cabero, Tancredo Pinochet, Nicolás Palacios, y otros de igual procedencia social, hicieron las más fuertes críticas al sistema vigente.

El desarrollo de la educación

En este período el sistema educacional experimenta una gran expansión a nivel cuantitativo, especialmente en lo que se refiere a la educación general básica. La educación formal tuvo un importante significado en el desarrollo de la racionalización y secularización de la vida privada y pública, como también en el incremento de un sentimiento de pertenencia nacional. En suma, la educación fue un agente básico en la creación de una mentalidad moderna.

Permaneció en esta época el principio de un estado Docente, expresado en una enseñanza pública primaria gratuita y en el control de la educación secundaria por parte de la Universidad de Chile. Uno de sus logros fue el descenso de analfabetismo de un 70% en 1895 a 50% en 1920. El principal problema de la educación era la discriminación socioeconómica para alcanzar los niveles de educación secundaria y superior.

Los Movimientos Intelectuales

Hacia fines del siglo XIX e inicios del XX, el país vio nacer a una nueva generación de intelectuales; esta generación era fruto de la educación pública y provenía principalmente de los sectores medios.

En la literatura se comenzaron a describir las condiciones y realidades sociales. Esta corriente, conocida como naturalismo, tuvo en la persona de **Baldomero Lillo** a uno de sus máximos representantes. A través de *Sub Terra*, su principal obra, el autor muestra el mundo de los mineros del carbón.

Entre los jóvenes de las primeras décadas del siglo XX destacó el Grupo de los Diez, donde se reunían pintores, arquitectos y literatos, con el objetivo de expresar su rechazo a la sociedad existente y a las manifestaciones artísticas burguesas. Liderados por **Augusto D´Halmar**, lograron difundir a muchos de los nuevos artistas de la época.

Uno de los más destacados fue **Vicente Huidobro**. Su afán rupturista y creador alcanzó límites extraordinarios como iniciador de la corriente creacionista.

Las ciudades

Hacia 1875, Santiago y Valparaíso, las dos principales ciudades del país, tenían una población estimada en 150 mil y 100 mil habitantes, respectivamente. Se puede afirmar que durante el siglo XIX las pautas de la vida urbana estuvieron dictadas por la evolución de estas dos ciudades. Santiago era la capital política y Valparaíso la capital comercial. El resto de las ciudades de importancia, como por ejemplo Concepción, apenas sobrepasaban por ese entonces los 20 mil habitantes.

Hacia fines del siglo XIX, Valparaíso comenzó a estancarse en su desarrollo, y a partir de ese instante Santiago ya no tuvo contrapeso como principal centro urbano del país. Poco a poco, la población de Chile estaba dejando el campo, siendo Santiago el principal receptor de inmigrantes. Ya hacia 1907 la población de Valparaíso había aumentado a sólo 162 mil habitantes, mientras que Santiago ya llegaba a los 322 mil.